

SESIÓN NECROLÓGICA EN HONOR DEL
ILMO. SR. D. JOAQUÍN MORENO MANZANO

INTERVENCIÓN DEL ILMO. SR. D. JOAQUÍN MELLADO RODRÍGUEZ

Conocí a D. Joaquín Moreno Manzano hace más de treinta años, ya en la Real Academia. Desde el primer momento me llamaron la atención su sencillez, su profundo sentido de la responsabilidad, del deber, su trato afable, su educación y respeto hacia todos los compañeros, su predisposición siempre favorable hacia los demás, en definitiva, su bonhomía y caballerosidad. Y pertrechado con estos argumentos, me presento ante ustedes sólo con la intención de señalar algunas de sus virtudes, corresponder a la amistad con que me honró y testimoniar mi afecto y reconocimiento hacia quien siempre se esforzó en dignificar la institución y facilitar la convivencia entre todos.

Desde su responsabilidad como Director del Instituto de Heráldica y Genealogía de nuestra institución, con la colaboración del Secretario del mismo, D. Alfonso Porras, D. Joaquín Moreno Manzano fue, durante un buen número de años, uno de los académicos que más contribuyó (si no el que más) a la proyección externa y prestigio de nuestra Academia a escala regional. En esa época, los tiempos dorados de dicho Instituto, D. Joaquín elaboró y presentó al Pleno de la institución un sinfín de informes que la Junta de Andalucía consideraba preceptivos para la aprobación de escudos y banderas de toda localidad andaluza. De ayuntamientos de toda Andalucía llegaban continuamente solicitudes al único centro legitimado por la Junta para emitir los informes técnicos previos a su aprobación. Cada jueves pudimos constatar la imperturbable actitud de servicio con que D. Joaquín recibía la, con frecuencia, catarata de peticiones, casi siempre urgentes, la generosa dedicación que le prestaba a dicho cometido y, al mismo tiempo, la humildad con que presentaba sus laboriosos y documentados informes técnicos. En él se cumplían a la perfección los conocidos versos que Calderón pone en boca de D. César, un militar veterano, para describir las virtudes de la milicia ante el novato Espolín:

Aquí la más principal
hazaña es obedecer
y el modo cómo ha de ser
es ni pedir ni rehusar.

(Pedro Calderón de la Barca, *Comedia famosa. Para vencer a amor, querer vencerle*, Jornada I).

Nunca pretendió laureles en la Real Academia, pero siempre aceptó de buen grado las responsabilidades que se le encomendaron y llevó a feliz término todo compromiso adquirido, como el modélico soldado de Calderón:

Y así, de modestia llenos,
a los más viejos verás
tratando de ser lo más
y de aparentar lo menos.

Todo ello en consonancia con su proceder habitual.

Fue un hombre de una gran curiosidad científica, realmente extraordinaria: basta echar una ojeada a la lista de sus publicaciones para captar la enorme variedad temática objeto de su interés, de sus investigaciones, que llevaba a cabo a base de modestia, disciplina y tesón, y siempre con verdadero entusiasmo e ilusión, enamorado de los temas que estudiaba, especialmente cuando el objeto de su estudio lo acercaba a su Extremadura natal. En efecto, siempre se mantuvo fiel a sus raíces, a su tierra extremeña, y atento a todo aquello que pudiera relacionarse con ella. A propósito de esta preferencia y del entusiasmo que ponía en su trabajo, recuerdo que tras una intervención pública en la que yo aludí a la encina que, según Ovidio, había en el centro del Capitolio (*Met.* 1, 463) y al hecho de que, según la tradición mítica, en las primeras celebraciones de los juegos Píticos creados por Apolo en Delfos, los vencedores eran coronados con una ramita de encina (todavía no se había asociado el laurel al culto de Apolo, es decir, antes de la transformación mítica de Dafne en laurel), al término del acto se acercó D. Joaquín a felicitar me muy efusivamente. Se lo estaba agradeciendo cuando me interrumpió entusiasmado por haber localizado, al fin, unas citas textuales clásicas que, según me dijo, llevaba mucho tiempo buscando para incluirlas en un estudio sobre la encina y Extremadura en el que estaba inmerso por aquel tiempo. Cuando le facilité las mencionadas referencias textuales, se deshacía en elogios, absolutamente desproporcionados, a los que recurrió en alguna otra ocasión bastante tiempo después. Lo que a mí me pareció una nimiedad, él lo había sobredimensionado, gracias a la ilusión y entusiasmo que ponía en su trabajo.

En cierta ocasión fui invitado a su casa. Me había pedido que le tradujera unos textos latinos y dedicamos buena parte de la mañana a ello. Después mantuvimos una larga conversación en torno a unos suculentos aperitivos que nos había preparado Carmencita, su encantadora esposa. Ese día, en la corta distancia, pude percatarme de la verdadera dimensión de su personalidad, de hasta dónde llegaba su conciencia del deber, del honor, de la palabra dada. Ocurrió en un momento: hablábamos animadamente de las investigaciones que llevaba a cabo en esos días cuando, de pronto, cambió su rostro; tras un gesto de disgusto se levantó, entró a su despacho y volvió con un voluminoso y antiguo libro; se trataba de un volumen de los libros de Colecturía de la Parroquia 'Ntra. Sra. del Castillo' de Fuente Obejuna. Y con el libro en la mano me confesó la verdadera causa de su profunda tristeza: habían dudado de su honorabilidad. Estaba preparando el trabajo que luego apareció con el título "Fuente Obejuna en los libros de Colecturía. Años 1573-1599". El entonces párroco de Fuente Obejuna le había permitido traerse a Córdoba, a su casa, un libro parroquial del s. XVI para poder realizar su investigación sin tener que desplazarse todos los días a 100 kilómetros de Córdoba. Pasaba el tiempo y la investigación no concluía. Entre tanto, el párroco de Fuente Obejuna fue trasladado a otro pueblo y el nuevo párroco, al enterarse que faltaba del Archivo Parroquial un volumen del s. XVI, reclamó la devolución del préstamo. Traté de convencerle de que tal requerimiento no implicaba necesariamente desconfianza alguna hacia su persona, de que esos libros deben conservarse de manera permanente en su archivo... etc, etc, pero todo mi esfuerzo fue inútil, no había forma de convencerle.

Don Joaquín se basaba en un razonamiento muy sencillo: según la información que le había proporcionado el sacerdote que se lo prestó, nadie se había interesado jamás por consultar esos libros, de los que él estaba extrayendo una información muy valiosa para la historia del pueblo; pero tal investigación no podía realizarla en Fuente Obejuna, donde le resultaba imposible permanecer durante todo el tiempo que requería su consulta. Pues bien, a su juicio, como él era un hombre de honor, a carta cabal,

porque aquí a lo que sospecho
no adorna el vestido el pecho,
que el pecho adorna al vestido.

bastaba con su palabra para garantizar la seguridad y el buen uso de tan preciado tesoro documental. Estaba tan profundamente convencido de su honradez que no le cabía en la cabeza que alguien en su sano juicio pudiera dudar de ella, máxime nada menos que un sacerdote, representante de la Iglesia, por lo que, en definitiva, era la propia Iglesia la que ponía en cuestión su honor, su lealtad a la palabra dada: él, un hombre profundamente creyente durante toda la vida, se veía ahora vejado, ultrajado en lo más profundo de su ser, su honor, por la propia Iglesia. Y bien que tenía presente la sentencia que Calderón pone en boca de D. Pedro, el noble alcalde de Zalamea:

Al rey la hacienda y la vida se ha de dar,
pero el honor es patrimonio del alma,
y el alma sólo es de Dios.

(Calderón, *El alcalde de Zalamea*, vv.
873-876)

¿Que D. Joaquín era un militar de la antigua escuela? Sin duda alguna. Nunca lo cuestionó. Más aún, se vanagloriaba de ello. Pero militar de la cabeza a los pies. Hasta tal punto que, en el momento más álgido de nuestra educada discusión, sentenció: “es que yo no solo soy un hombre de honor, es que soy (y deletreando con especial énfasis, como si estuviese paladeando una a una cada letra, continuó) **u n m i l i t a r d e h o n o r**”. Ahí estaba la clave: para él, el honor en un militar era un verdadero axioma, algo que no necesita demostración, la pura evidencia que, como tal, no podía escapar a la inteligencia de un sacerdote, aquel que le reclamaba la devolución del viejo libro parroquial, desconfiando de él, un hombre de honor, todo un militar justamente condecorado. De ahí su profunda tristeza y dolor.

D. Joaquín fue un miembro querido en su Academia; no podía ser de otro modo, pues también en la Academia tienen su cumplimiento los versos que Calderón aplica a la milicia,

porque aquí a la sangre excede
el lugar que uno se hace
y sin mirar cómo nace
se mira cómo procede.

Y es obvio que él supo ganarse el afecto y el respeto de todos, pues a todos trató siempre con respeto y educación. En síntesis, bien parece que D. Joaquín había hecho de los versos de Calderón todo un programa de vida, pues se adaptan perfectamente a su conducta y coinciden puntualmente con el recuerdo que tenemos de él:

Aquí, en fin, la cortesía,
el buen trato, la verdad,
la firmeza, la lealtad,
el honor, la bizarría,
el crédito, la opinión,
la constancia, la paciencia,
la humildad y la obediencia,
fama, honor y vida son
caudal de pobres soldados;
que en buena o mala fortuna
la milicia no es más que una
religión de hombres honrados.

Que Dios, a quien como hombre y como soldado sirvió siempre, le conceda el merecido descanso eterno y lo acoja en su gloria.

INTERVENCIÓN DEL EXCMO. SR. D. ANTONIO LEÓN VILLAVERDE

Excelentísimo Sr. Director, Ilustre Cuerpo Académico, Excmas. E Ilmas. Autoridades (Delegado, ayuntamiento, Subdelegado), Señoras y señores... ¡Querida familia del Ilmo. Sr. D. Joaquín Moreno Manzano! Querida Carmen y queridos Hijos, Pedro, Francisco de Borja, Carmen, Juan y María de Guadalupe..., que hoy nos acompañan. Y una mención y recuerdo al distante y a la vez próximo de corazón, Joaquín, el mayor de los hermanos, el heredero del patrimonio documental de D. Joaquín, que desde tierras hispano americanas comparte con nosotros estos entrañables momentos.

Me corresponde a mí iniciar esta delicada sesión necrológica en honor a nuestro querido compañero Académico Numerario (oct. 76) con el que me une, además de este vínculo, nuestra común condición de haber dedicado toda una vida al honroso oficio de la Milicia.

Pero conocí tardíamente a D. Joaquín, mi Coronel, creo que ya en el último lustro de su prolongada vida, cuando su naturaleza se resentía y nos lo hurtaba a la convivencia próxima.

Por ello, he optado deliberadamente por dejar los méritos académicos de nuestro **homenajeado** en la palabra de los otros académicos intervinientes, y me orientaré hacia aspectos más antropológicos de este casi centenario girón de historia, de la personal historia de D. Joaquín, en lo que seguro estaré más cómodo y más próximo a mi **camarada**. Y me apoyaré en la percepción intuitiva desde la mirada retrospectiva, en la por nosotros tradicionalmente denominada “unidad de doctrina”, y por ello, en situaciones similares personalmente vividas, que dan proximidad al análisis.

Y hablaré también de la muerte, porque no se puede hablar con seriedad de la vida sin hacer referencia a la muerte, con la que tanto coqueteó Joaquín desde muy joven.

Porque habiendo nacido cuando Badajoz se preparaba para adornarse con la primavera de 1920, con tan solo la madurez de sus inmaduros 16 años, en su propia primavera de vida, se postuló voluntariamente como defensor de España ante la encrucijada en que el devenir histórico la había situado: La más dramática de las torpezas de las relaciones humanas, la guerra.

Ahí me pareció descubrir aspectos de su personalidad determinantes, como la claridad de ideas para decantarse en situaciones comprometidas, la capacidad para asumir riesgos en defensa de intereses superiores, hasta los mayores sacrificios, y por

ello, relegar los propios a una segunda línea, o sea, la responsabilidad, el amor desinteresado y la generosidad.

Así, durante los tres años que dura la guerra, devanea con la muerte obteniendo dos Cruces Rojas al Mérito Militar y la Medalla de la Campaña, pero tiene una experiencia singular que testimonia lo anterior: Dada su juventud, su voluntariedad y la valía demostradas (también tiene el Valor Acreditado), en 1938 realiza un periodo de transformación para oficial Provisional, que luego regularizará en las Academias Militares. ¿Sabían dónde realiza tal preparación? En el Acuartelamiento de Dar-Riffien, a unos seis Kms. de Ceuta, acuartelamiento que fue construido en 1923-27 para las unidades de la recientemente fundada unidad (1920) y más emblemática de las unidades del ET.: El Tercio de Extranjeros, después denominada, Legión Española. ¿Y saben cuál es la más conocida de las canciones de esta unidad? El Novio de la Muerte.

Superado el conflicto, continúa en esa línea de entrega y generosidad confirmando su vocación militar en la Academia de Artillería de Segovia, siendo promocionado en 1.945 como teniente del Arma.

Y me llama la atención, como a partir de ahora va consolidando esas cualidades que antes enumeraba. Porque aún siendo la Artillería el Cuerpo más “tecnificado”, en esas fechas la tecnología es limitada y son fundamentales los “valores del hombre”. Y así, se especializa en Educación Física (Diplomado en 1.949), para mantenimiento de la condición física suya y de sus hombres; en Hípica, el medio de transporte del oficial, especialmente, el artillero (habitual competidor en Concursos hípicos con niveles de subcampeón), y en tiro de pistola, el arma del oficial (competidor en los concursos en el ámbito nacional).

Y destaco unas anécdotas sobre la meticulosidad, la busca de la excelencia en este desempeño: Carmen, me comentaba que cuando participaba en un campeonato de tiro, hacía régimen de comidas desde seis meses antes, suprimiendo incluso, el poco alcohol, café y tabaco que consumía. Y un compañero que participaba con él en estos eventos me contaba cómo le aconsejaba sobre la necesidad de que el puesto de tiro estuviera al sol, pues la temperatura facilitaba la combustión, y con ello la precisión.

Otro hito que quisiera destacar es el del año 1952, porque es relevante en la vida de Joaquín, y nos permitirá introducirnos en otros aspectos de su humanidad, sus amores.

Tras vicisitudes propias de la profesión, Joaquín llega a Córdoba, y la va descubriendo y enamorándose de ella, y en esto he de decir que no fue especialmente singular. Más tarde, en diciembre de 1957, contrae matrimonio con una cordobesa, Carmen López Ruiz.

El nuevo desafío para Joaquín es ahora conseguir el deseable equilibrio entre los exigentes intereses laborales de la Milicia y los del ámbito familiar, lo que he denominado en mis estudios, como la “Cartera de la Diversidad de Inversiones Psicológicas”, porque la experiencia demuestra que cuando el esfuerzo se dirige en un sentido con desatención significativa del otro, aparece el desequilibrio patológico que mina la salud y la convivencia.

Pero antes mencioné a los amores de Joaquín: Los ya señalados -España, sus subordinados, Córdoba...- que se completan ahora con los de su esposa y sus hijos, media docena de corazones que potenciaron los amores de Joaquín, en la línea del pensamiento de San Agustín, que en su “De Libero Arbitrio” señala la gradación justa y ascendente de los amores del hombre: “Ama siempre a tus prójimos, y más que a tus prójimos, a tus padres, y más que a tus padres, a tu Patria, y más que a tu Patria, a Dios” Y en su “La Ciudad de Dios” proponía que “el patriotismo es el único amor que merece ser más fuerte que el de los padres”.

Joaquín, lo entendió y lo enseñó de esta manera: “... vivimos en una casa donde la Patria solo es superada por la Fe”. Así, su hija menor Guadalupe, a la pregunta de qué recordaba como mayor herencia espiritual de su padre, respondía con un rotundo “el Amor a la Patria”.

La estabilidad conseguida en estas circunstancias, se manifiesta como permanencia su destino en Córdoba y en sus primeras incursiones en el mundo académico y de la cultura de la ciudad, con su nombramiento de Académico Correspondiente (1966) y Numerario (1977) que se prolonga hasta el final de la década de los setenta, con un paréntesis de un año en que es destinado a Madrid.

Su regreso definitivo a Córdoba será en el año 1979, pero antes, ha vuelto a coquetear con la muerte, pues un atentado de Eta, le priva de la vida a un compañero con el que realizaba frecuentemente sus desplazamientos al lugar de trabajo. Solo la providencia, lo conservó para nosotros.

INTERVENCIÓN DEL ILMO. SR. D. ANTONIO CRUZ CASADO

Desde 1991, en que fui nombrado académico correspondiente por Lucena, encontré siempre, en todas las actividades que organizaba nuestra institución, a don Joaquín Moreno Manzano, con el cual, conforme pasaba el tiempo, establecí una cordial y recia amistad.

Era don Joaquín Moreno un hombre educadísimo, muy correcto en su comportamiento y en sus relaciones con el resto de los académicos, como una persona afable perteneciente a una etapa educacional anterior a la nuestra, marcada por el respeto hacia todas las personas y a las normas de comportamiento social, algo que ya puede parecer un tanto obsoleto pero que no hace mucho tiempo era resultado de una esmerada educación y de un carácter respetuoso y propicio a la convivencia entre las personas. Siempre lo vimos atento y servicial con todos los compañeros, abierto al diálogo, proclive al entendimiento y a la solidaridad. Se estaba bien en su compañía, al igual que con su esposa, doña Carmen López, nuestra estimada amiga Carmencita.

Con ellos compartimos algunos ratos muy agradables, tanto en las actividades académicas internas como en las que se desarrollaron en algunos pueblos de nuestra provincia. Precisamente en las segundas jornadas de la Academia sobre Iznájar, que organizamos hace unos años, fue donde nos parece que coincidimos por última vez, con nuestras respectivas esposas, y donde el buen ambiente, la camaradería, el interés de las intervenciones y el buen trato que recibimos dejaron en nuestro ánimo una dulce huella, un inmejorable recuerdo.

Pero nuestro amigo no sólo era una persona excepcionalmente buena y servicial, sino también un académico muy activo y competente, y de ello son muestra las numerosas intervenciones recogidas en el boletín de nuestra academia y en las actas de las jornadas celebradas en muchos pueblos cordobeses, como antes hemos indicado. Se acercan al medio centenar las intervenciones que hemos contabilizado al respecto, teniendo también a la vista otras jornadas académicas que no suelen tenerse en cuenta, como las que se dedicaron a “El caballo” y que se editaron en 1995; en esta ocasión Moreno Manzano hizo una comunicación conjunta con otro magnífico académico, don José Valverde, y en ella trataron de “El caballo, el Alcázar y el libro de don Pedro de Angulo”. Es posible que a partir de entonces se hiciesen más profundas nuestras relaciones de amistad y compañerismo, porque yo traté un tema que presentaba diversas afinidades con el citado, especialmente en lo que se refiere al libro de don Pedro Jacinto de Cárdenas y Angulo, *Advertencias o preceptos de torear con rejón*, de 1651.

Los intereses de nuestro recordado académico eran amplios y variados, como podemos comprobar en una somera consulta de sus intervenciones, aunque solía

decantarse por determinados aspectos históricos y, en especial, por todo lo relacionado con la genealogía y la heráldica, en lo que era un verdadero experto.

Podemos dar una idea general de sus conocimientos y preferencias señalando algunos temas de los que se ocupó, tanto en sus intervenciones en la sede de la academia como en las diversas jornadas en las que participó, todo ello en un arco temporal muy amplio, al menos desde 1967, en que encontramos en el boletín un estudio titulado “Grabados rupestres en Las Cuevas de Vilches”, cuando ya era académico correspondiente, hasta 2012, en que su publica, en las actas de las segundas jornadas de Iznájar, una aportación, quizás la última suya o una de las últimas, titulada “Iznájar en su historia”. Son casi cincuenta años, medio siglo escaso, de continuada labor académica, callada, fructífera. Los años de mayor frecuencia de publicaciones corresponden a la década de los años 90 del pasado siglo.

Se interesó mucho don Joaquín por el mundo militar, como cualificado militar que él mismo era, y su reflejo en los textos históricos, como se comprueba, por ejemplo, en sus “Recuerdos militares de Montoro”, de 1975, o en “La marcha por la jungla del capitán cordobés Gonzalo Ximénez de Quesada”, de 1979, uno de sus estudios más interesantes y conseguidos. En otros se fue ocupando del Palacio de Viana, los visitantes extranjeros en Córdoba, del siglo XV al XIX, marinos ingleses en Córdoba, la caza del jabalí, los patios señoriales cordobeses, la visita de Alfonso XII a Córdoba en 1877, la *Geometría militar* del lucentino don Pedro de Aragón, los trofeos de Boabdil, el testamento de don José Valera, Marqués de la Paniega, y un amplio etcétera.

Especial interés tiene, para nosotros, por tratarse de un tema relacionado con el mundo literario calderoniano, documentado por nuestro compañero en actas notariales, el trabajo titulado “El Dr. Peramato: confirmación de una leyenda”, de 1978, puesto que nosotros coincidimos también en el análisis de este personaje, desde otra perspectiva, quizás complementaria a la suya, en nuestro estudio “*El médico de su honra*, de Calderón, y su posible fuente cordobesa”, de 2001.

En la página web de nuestra academia puede verse un somero esbozo de su trayectoria vital y una lista bastante completa, desgraciadamente sin las referencias bibliográficas adecuadas, de los trabajos que fue acometiendo y realizando a lo largo de su vida.

Y como sucede siempre y como se dice incluso en una canción de nuestra época, “Las obras quedan, la gente se va”, por lo que pensamos que todos esos temas, esos estudios, esas aportaciones señaladas, son fieles testigos y valiosa constancia de su amplio conocimiento, de su extensa sabiduría.

Y sólo nos queda ahora el recurso de la conformidad y del buen recuerdo que nuestro amigo don Joaquín Moreno Manzano dejó en nosotros pues, como dice Luis García Montero, en su adaptación moderna de las conocidas coplas manriqueñas:

Todo pasa, es aguanieve
que se deshace en el suelo
silenciosa,
mientras que la vida llueve
y se nos puebla de duelo
cuando acosa,

nos apremia con su mano
y con sus ojos nos niega
torpemente,
el corazón de un hermano,
la presencia de un colega
diferente.